



CASI NUNCA NOS ABRAZAN

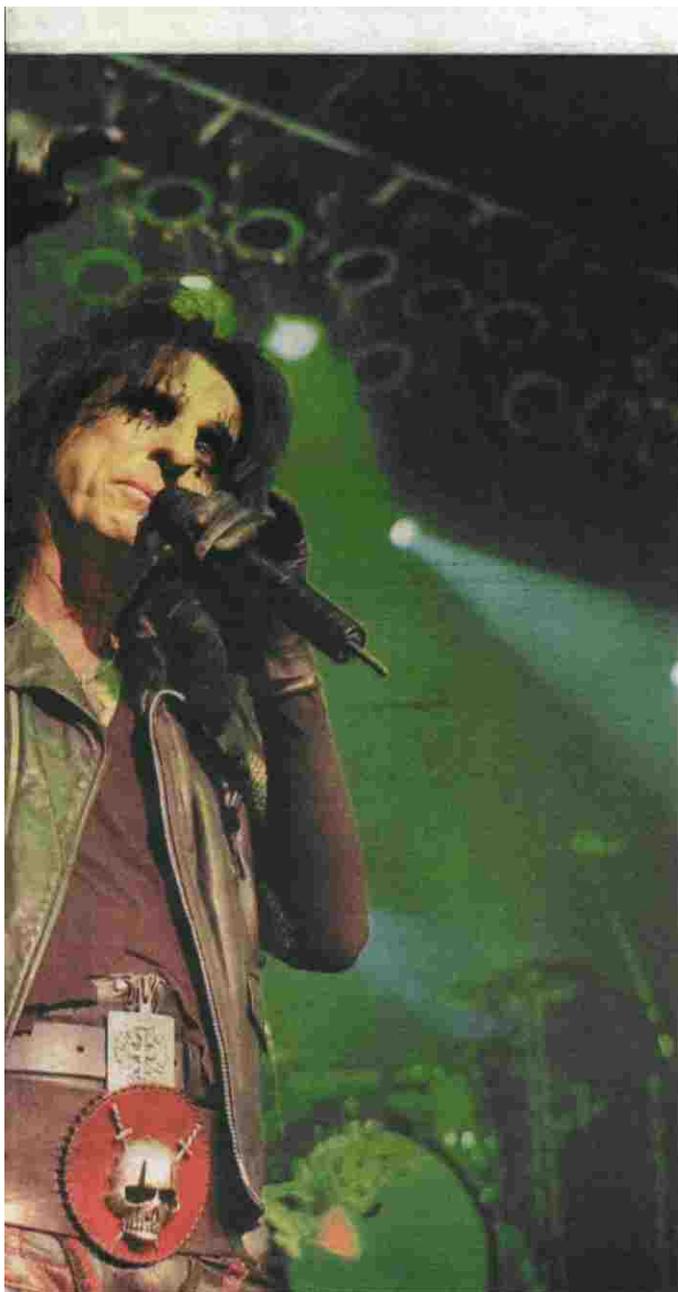
EN LA ETAPA DE LA ADOLESCENCIA SE CENTRA ESTA NOVELA. EN LA QUE EL MUNDO DEL «ROCK» DESEMPEÑA UN DESTACADO PAPEL EN LA IMAGEN. EL CANTANTE DE «HARD ROCK» ALICE COOPER EN 2003

DESEO DE SER PUNK
BELÉN GOPEGUI
ANAGRAMA. BARCELONA. 2009
192 PÁGINAS. 15 EUROS

JOSÉ MARÍA POZUELO YVANCOS
Belén Gopegui muestra en *Deseo de ser punk* la talla de buena escritora de sus primeros títulos. Y lo hace en una zona de difícil tratamiento, como es la adolescencia o primera juventud, puesto que su protagonista, Martina, una estudiante de Bachillerato de dieciséis años, es no únicamente el personaje central de la novela, sino su narradora, y además con el artificio de la comunicación en una carta simulada escrita a su amigo, que es lo que el lector tiene ante los ojos. Obviamente, uno de los aciertos de la novela es no haber

pretendido una mimetización del habla de la adolescente. Hay estilización en el sentido dado por Bajtin, esto es, una recreación que permite precisamente entrar en complejidad de matices, y un discurso sobre la realidad que seguramente una joven puede tener interiormente o intuir, pero que no ofrecería de esa manera en una carta a un amigo de su misma edad.

PADRES E HIJOS. Pero tal pacto de estilización lo cumplen casi todas las ficciones. No se parece en nada a una novela generacional. Nada de *kronen* ni de simples realismos apeados a modas. Las vivencias generacionales que hay aquí, y especialmente el mundo del rock, con sus grupos y canciones (hay decenas de letras citadas en su versión inglesa), no funcionan como ambientación,



BELÉN GOPEGUI HA LOGRADO ENCARNAR LAS IDEAS, HACERLAS NACER TANTO DE LAS LETRAS DE LAS CANCIONES COMO DE LOS SENTIMIENTOS DE MARTINA -PROTAGONISTA Y NARRADORA DE LA NOVELA-, QUE SON DOS ELEMENTOS INTERDEPENDIENTES

sino como *mundo*. Belén Gopegui ha tenido la fortuna de meterse en un ámbito como el que evoca, para, desde él, mirar la sociedad, y los conflictos entre padres e hijos que nacen de su estructura, pero también acierta al ir bastante más lejos de un simple discurso de crítica a la organización social.

SUEÑOS Y RENUNCIAS. No deja de haber crítica, pero la lleva a cabo desde un rango emocional y vivenciado que la hace más creíble. Sobre todo porque tal crítica hace a Martina penetrar más hondo en las renuncias, en los sueños irrealizados o irrealizables de los personajes -también de los mayores (con la centralidad que tiene la figura de Lucas, el padre de su amiga Vera)-, y, finalmente, como afecta a su propio padre. Hay dos rasgos que me han parecido muy bien realizados: la evolución que la novela va ganando con el asunto, inevitable en esa edad, del enfrentamiento intergeneracional, esto es, de Martina frente a sus padres. El lector y el propio personaje van cambiando su percepción sobre el lugar de cada uno de ellos. Ello significa que se ha evitado el maniqueísmo de buenos y malos que fatalmente suele asediar a las obras hechas para ganarse a los jóvenes, ubicándolos en un mundo ensimismado.

Martina, no equivoquemos, está idealizada, sí, e incluso se ha construido como un lugar discursivo, y por tanto tiene una capacidad de reflexión que es la que la autora decide darle, pero habría resultado ciertamente inverosímil si no se hubiera anclado también en un mecanismo emocional, que se va pautando en escenas concretas, con abrazos recibidos, con besos desea-

dos, o con excelentes momentos de su deambular extraviado. Esta vez Belén Gopegui ha logrado encarnar las ideas, hacerlas nacer tanto de las letras de las canciones como de los sentimientos de Martina, que son, por cierto, dos elementos contiguos e interdependientes. Una virtud del libro es que habla de canciones conocidas de grupos concretos, está edificado desde dentro. Tal documentación o conocimiento es de agradecer y hará que la novela resulte creíble para los amantes del rock que la lean. El otro rasgo notable que quería señalar es el modo de funcionar ese género musical como manera de expresión de una necesidad, una queja o una utopía.

Resulta saludable que Gopegui haga decir a su personaje: «Estoy un poco cansada de tanto discurso», porque su novela ha sabido encontrar la forma literaria de decir (paralela a la de la canción) lo que un discurso no sabría hacer con igual fuerza.

LENGUAJE EQUILIBRADO. El lenguaje narrativo de Gopegui tiene equilibrio porque ha moderado lo que serían estilos coloquiales juveniles que, de multiplicarse, habrían hecho peligrar la novela. Sin embargo, no resulta creíble que una joven que escribe a un amigo diga «los profesores o profesoras», y «desconocido o desconocida». Esas «concesiones» afean la narración porque a veces hacen hablar al personaje como un sindicalista o una concejala. A éstos puede que les vaya en el sueldo; a una adolescente no creo que su economía lingüística y sentido de la expresión común le hagan ser tan «políticamente correcta». Y por fortuna, la literatura no tiene, todavía, necesidad de serlo. ■